

llegues mas tarde que los otros á la presencia del Señor. ¡O madre, digna de tal hijo! ¡O hijo, digno de tal madre! Dichoso hijo en haber tenido una madre que le haya hecho mamar la piedad con la leche: dichosa madre, por haber tenido un hijo, que tan bien haya correspondido á la santa educacion que le habeis dado. Avergonzado el demonio de su derrota, se retiró á lo mas profundo de su morada infernal. Bramaba de rabia al ver todas sus máquinas desarmadas por la constancia, y la fidelidad de nuestros Mártires. En efecto, había dispuesto tan bien todas sus cosas, que parecía que no podían dexar de salirle sus designios. El tiempo, el lugar, las personas, el horror de una noche de invierno, la estacion mas fria, y mas incómoda del año, un clima de escarchas, y de hielos, todos los vientos del Norte dueños del ayre: en una palabra, toda la naturaleza á su discrecion. ¡O sagrada tropa! Santa brigada, batallon invencible, gloriosa compañía de Mártires. ¡O constantes, y fieles guardias del Género Humano, caritativos asociados á nuestras miserias, diputados de la naturaleza humana para con Dios, poderosos intercesores por los Christianos, astros del mundo, flores de la Iglesia! Flores digo, sí, flores angélicas, flores que brillais entre todos los astros.

Mártires dignos de las alabanzas de todos los siglos: las puertas del paraíso se os abrieron, los Angeles, los Profetas, los Patriarcas, todos los Santos acudieron de todas partes del cielo para ser

ser espectadores de la triunfante entrada que hicisteis en él. ¡Qué espectáculo tan agradable, y digno de todos los bienaventurados! Quarenta jóvenes guerreros, en la flor de su edad, iguales en mérito, en valor, en reputacion, desprecian la vida, aman á Dios mas que á sus padres, hijos, mugeres, y parientes, le glorifican en sus cuerpos, y en el místico de su Iglesia, se erigen un trofeo de los despojos del infierno, y Jesu-Christo los corona de su mano.

### MARTIRIO DE S. ARCADIO<sup>(1)</sup>.

*Sacado del libro de los Combates de los Mártires,  
y de un Sermon atribuido á S. Zenon  
de Verona.*

**E**Sparciase el furor de los tiranos con una extrema violencia por toda la Acaya: el demonio, para favorecer su empresa, hizo tomar las armas á sus soldados, que como otros tantos lobos rapaces, se arrojaban sobre el rebaño de Jesu-Christo, y hacian una sangrienta guerra á todos los que adoraban al verdadero Dios. A la menor sospecha se embocaban en las casas, se emprendía una pesquisa rigurosa; y quando se encontraban algunos Christianos, el odio que les

(1) No se sabe el año; el dia fue el 12 de Enero.

tenian, al punto les imputaba algun delito. Cada dia se veían cometer muchos sacrilegios: forzabase á los Fieles á asistir á las ceremonias supersticiosas, á intervenir en libaciones, á conducir por las calles víctimas coronadas de flores, á quemar incienso delante de los Idolos, á cantar al modo de los Bacantes, y á respirar el olor de los sacrificios de los Dioses. Por este medio se esperaba poder arrancar la Fé del corazon de los Christianos, y hacerles renunciar á Jesu-Christo.

Pero en tanto que se dan diversos combates entre los ministros del demonio, y los soldados del verdadero Dios, Arcadio, uno de estos últimos, viendo la Ciudad en que vivía en una terrible confusion, y que arrastraban á los Christianos, á pesar suyo, á los Templos de los falsos Dioses, resolvió huirse, y abandonar todos sus bienes temporales. Halló, pues, en los contornos de la Ciudad un lugar retirado, y se ocultó en él, sirviendo á Jesu-Christo en las vigili-  
as, en la oracion, y en todos los demás ejercicios de una vida austera, y penitente. Su fuga no pudo ser por largo tiempo ignorada; pues ya no se le veía en los sacrificios: envía el Gobernador soldados á su casa: rodéanla, la fuerzan, y piensan sorprender en ella á Arcadio; pero no hallan mas que á uno de sus parientes, que por casualidad había llegado aquel dia. Hizo este hombre todo lo posible para justificar la ausencia de su pariente. Desesperados los soldados de no haber  
ha-

hallado lo que buscaban, echaron mano de lo que la casualidad les presentaba. Llevan á este pariente: manda el Gobernador que lo guarden con estrechez, hasta que descubra el lugar á que se había retirado Arcadio. Habiendo sabido lo que pasaba por este Santo hombre, y abrasado del deseo del martirio, abandona su amado retiro; y no pudiendo resolverse ni á disimular por mas tiempo, ni á que otro sufriese, y fuese maltratado por él, comparece de repente en la Ciudad, y voluntariamente se entregó al poder del Magistrado. Si es por mi causa, le dice al llegar, y nombrándose á sí mismo, el tener preso á mi pariente, haced que se le dé libertad, pues está inocente: yo vengo á desempeñarle, á daros noticia del lugar de mi morada, que él no supo jamás, y responder á otras cosas, que quisiéreis saber de mi persona. Quiero, replicó el Juez, perdonarle de buena gana el secreto que me ha guardado de tu fuga: no tiene que temer; pero ha de ser con condicion, que desde esta tarde sacrificarás á los Dioses. ¿Qué es lo que os atreveis á proponerme? replicó Arcadio. ¿Conoceis á los Christianos, y os parece que el temor de la muerte será capaz de hacerlos faltar á su obligacion? Como si ignorásemos nosotros esta expresion de un grande Apostol (1): Jesu-Christo es mi vida, y la muerte es para mí una ganancia. Inventad el suplicio que quisiéreis: no deis

(1) Philip. i. 23.

oidos mas que á vuestro furor: obedeced en hora buena á todo quanto os inspirare, y vereis si es facil hacerme renunciar á mi Dios.

A estas palabras siente el Gobernador que su cólera se inflama, y que una hiel de vívora se insinúa en su corazón, y excita en él una rabia infernal. Déxase ocupar enteramente del pensamiento de hacer sufrir al Martir tormentos inauditos, y que las mas severas leyes jamás se atrevieron á ordenar para los delinquentes mayores. Las uñas de hierro le parecen muy suaves: las plomadas no hacen, á su parecer, sino desflorar el pellejo: el potro ni aun siquiera se digna mirarle; y una nube de palos no puede satisfacer su furor. La idea que se forma de algun suplicio extraordinario, le hace despreciar todos aquellos de que se ha servido hasta entonces. En fin, ya le parece haberle hallado; y este insensato piensa que de esta vez será preciso que Dios se rinda á su voluntad. Manda, pues, á sus verdugos que cojan al Santo, y no les prescribe otra cosa, sino que hagan de modo que la crueldad de los tormentos le obligue á apetecer la muerte, sin que la pueda obtener sino despues de mucho tiempo de deseada. Que la espere siempre, grita este hombre furioso, sin que ella venga. Que pueda ver, prosigue, estando todavía vivo, su cuerpo semejante á un tronco de un arbol, al qual se le han cortado todas las ramas. Sean cortadas una por una todas las junturas de sus miembros, y que todo su enlace se rompa, y se desuna. Comen-

menzad por los artejos de los dedos: separadle despues las manos de los brazos, estos de los hombros, y las espaldas del pecho. Igualmente sigan por los dedos de los pies; y subiendo siempre, llegad á los pies, de ellos á las piernas, de estas á las rodillas, de ellas á los muslos; y quando ya estuviéreis en ellos, desprendedlos de las caderas; pero cuidado con que todo esto se haga lentamente: hacedle sufrir el dolor lo mas que pudiéreis, para que sepa ese infeliz lo que es abandonar los Dioses de sus padres, por seguir un Dios desconocido, y estraño.

Obedeciendo los verdugos á estas crueles órdenes, toman á Arcadio, y lo llevan á un lugar en donde otras muchas víctimas, como él, habian sido degolladas. Pero lugar amado, y deseado con ardor de los que suspiran por la vida eterna. Habiendo llegado allá Arcadio, levanta los ojos al cielo, ora, y siente que su oracion le ha dado nuevas fuerzas. Presentaba el cuello á los verdugos, pensando que el Gobernador se contentaría con su muerte, quando le mandan que estienda sus manos. Alárgalas; y mientras que se las cortan en pedazos, dice estas palabras: Señor, vuestras manos me formaron, dadme la inteligencia; y mientras duró su suplicio, no cesó de alabar á Dios. Habíasele olvidado al Juez mandarle cortar la lengua; y se sirvió siempre de ella para confesar un Dios, publicar que los Idolos eran nada, y proclamar á Jesu-Christo, vencedor de los tiranos. Despues que lo desmem-

braron por arriba , le hicieron echar de espaldas. Luego que estuvo en esta postura , se puso á glorificar á Dios con un tono de voz aun mas elevado. La vista del cielo era quien aumentaba su fuerza. Entrega despues sus pies con alegría , sus piernas , y sus muslos : hízose al punto la separacion , y los verdugos saben muy bien desprender las caderas del vientre con su cruel arte. Entonces fue quando la constancia admirable del Martir sacó las lágrimas de los ojos á sus propios verdugos , confesando que una paciencia tan grande no podía ser sino don del cielo muy singular.

Despues de tantos , y tan diferentes martirios como separaciones se habian hecho en el cuerpo de Arcadio , lo que restaba de él no era mas que un tronco , que nadaba en sangre. El Santo no por eso estaba mas alterado : su alma , siempre tranquila , aun no abandona aquel cuerpo , que ya no es mas que su mitad , y que propiamente no se podía llamar cuerpo ya. Vé delante de sí sus miembros esparcidos en distintos lugares : míralos como á partes de sí mismo ; pero inútiles , y de embarazo , á las quales hace los funerales : no obstante , ofrécelas á Dios una por una , y pide una corona para cada una de ellas en particular. Dichosos miembros , les dice , que habeis tenido la dicha de servir á vuestro Dios : jamás os quise tanto , quando estabais unidos á mi cuerpo , como os quiero ahora estando cortados. De mucho nos sirve el estar separados , para ser reu-

nidos en la gloria ; y para que de miembros mortales que sois , podais llegar á ser algun dia miembros gloriosos , é inmortales. Ahora es quando sois miembros de Jesu-Christo : ahora es quando yo pertenezco verdaderamente á Jesu-Christo , lo que siempre he deseado con un extremo ardor. Y vosotros , añadió despues , que mirais una tragedia tan sangrienta , sabed que estos tormentos , que os parecen tan horribles , no son nada para qualquiera que tiene presente la inmortalidad bienaventurada. Creed en un hombre que ya no tiene parte en esta vida : vuestros Dioses no son Dioses : renunciad su culto vano , é impío ; y reconoced , en fin , que no hay otro Dios que el que me consuela , y me sostiene en el estado en que estoy. Morir por él , es vivir ; y sufrir por él , es estar en delicias. El amor que se tiene por él , jamás se entibia , jamás causa disgusto , jamás sufrirá disminucion. Por recompensa de lo poco que padezco por él , voy á recibir una vida inmortal , y que me unirá á él para siempre. Al decir esto , espiró dulcemente el dia doce de Enero. Los idólatras no pudieron rehusar su admiracion á la inimitable constancia de este glorioso Martir ; y los Christianos se hallaron tambien mas dispuestos á derramar por Jesu-Christo su sangre. Recogieron sus Reliquias , y las pusieron en un mismo sepulcro.

## MARTIRIO

## DE S. CASIANO (1).

Escrito por Aurelio Clemente Prudencio en el Libro de las Coronas.

Cotejado con un Manuscrito de la Abadía del Monte S. Miguel.

**T**Mola, Ciudad de Italia, fundada por Cornelio Sila, tiene un mercado, ó feria, que por ella, y su fundador, se nombra la Ciudad de Feria de Cornelio. Pasando un dia por ella, en un viaje que hacía á Roma, me vino al pensamiento ir á orar al sepulcro de un Santo Martir, que en él se venera, para que intercediese por mí á Jesu-Christo. Corrí á él, y me postré ante las sagradas Reliquias, que allí reposan. Pero como regase la tierra con mis lágrimas á vista de mis miserias, y repasando en mi memoria los pecados de mi vida, mis trabajos, y mis flaquezas, el dolor que allí sentí, me hizo levantar los ojos al cielo, como para buscar en él algun socorro. Volvílos á baxar hácia la tierra, quando se detuvieron en una pintura, que estaba frente de mí, y que representaba al Santo. En ella se mostraba traspasado con mil golpes. Rodeábale una tropa de

(1) El dia 13 de Agosto. Ignórase el año.

de muchachos con punzones en las manos, que le metian en el cuerpo con un furor, que apenas se podría imaginar en una edad tan tierna: eran estos los punteros de que se servian para escribir (1), y de que habian armado sus manos para quitar la vida á su Maestro. El impulso que agitaba á estos pequeños homicidas, y que estaba pintado sobre su rostro, y en sus acciones, parecía que hacía oír aquel ruido confuso que hace de ordinario un tropel de estudiantes amotinados, ó que no están en presencia de los que los gobiernan.

Fuime al Sacristan, y le supliqué me dixese lo que significaba esta pintura. Respondiome en estos términos: Esta pintura, devoto extranjero, no es ninguna ficcion, ni una pura idea del Pintor: es una historia verdadera. El principal personage era un Maestro de niños, que se llamaba Casiano: su habilidad, junto con un excelente método, le había grangeado muchos discípulos; porque sabía perfectamente este arte tan útil, y tan provechoso de escribir por notas abreviadas, expresar por un cortísimo número de señales, ó cifras, un largo discurso, y poner término por término, por medio de puntos, todas las palabras de un Orador, por mucha rapidez que tuviese en pronunciarlas. Su ayre austero, su exáctitud, y

Tom. III. M 3 las  
(1) Ora fuesen estos las navajas con que cortaban sus plumas; ó lo que es mas cierto, unos pequeños punzones, que tambien llamaban estilos, con los quales imprimian las letras sobre tablas bañadas de cera.

las molestas dificultades que se hallan en los principios de qualquier ciencia, ó de qualquier arte que sea, habian infundido terror muchas veces, y aun despecho, y cólera en el alma de estos niños. La presencia de un Maestro, no es objeto muy agradable á la juventud, ni le mueve jamás la pasion de llegar á saber.

Levantóse por aquel tiempo una furiosa tempestad, que asoló todo el campo de la Iglesia, y disipó el sagrado rebaño de Jesu-Christo. El Maestro de niños era Christiano: prendiéronle: propónenle que dé adoraciones á los Idolos: lo resiste; y se delibera el género de suplicio, que debe sufrir. Propuso uno: Es necesario hacer que vengan sus discípulos, ponerle en sus manos, y decirles: Tomad, ved ahí á vuestro Maestro á vuestro arbitrio: ese hombre, que estaba siempre con vosotros con las disciplinas en la mano. Haced lo que querais: desollad el pellejo de ese, que tan poca compasion ha tenido del vuestro: punzad, cortad, despedazad á ese descompasivo azotador: máchense de su sangre las manos de cada uno de vosotros. Será esta, añadió este hombre, una escena de las mas divertidas que se puedan dar al pueblo; y tendremos el gustazo de ver qué modo tomarán estos muchachos de vengarse de su Maestro.

Agradó la proposicion á la junta: despojan á Casiano: átanle las manos á las espaldas; y en este estado lo entregan al furor de un ejército de muchachos: ármanlos de punzones, y de pe-

queños puñales: anímanlos, y los excitan á hacer bien su oficio, aprovechándose estos muy bien de las lecciones de crueldad que acababan de darles. Renovándose la memoria de los azotes recibidos, y despertando en estas pequeñas almas el deseo de la venganza, dexándole á su resentimiento toda la libertad, no se puede imaginar de cuántos diferentes modos la dieron á entender. Arrojanle primero á la cabeza sus cartapacios, y le tiran las tabletas sobre que escribian. Las hojas hechas de madera (1) delgada, y cubiertas de cera, lanzadas contra su rostro, le hieren en muchas partes, salen todas ensangrentadas, caen al suelo, y se quiebran. Pero bien presto dexan estas primeras armas, que no hacen tan pronto el efecto deseado, y que corresponda al exceso de su odio. Y así se valen al instante de sus punzones. Unos se sirven de ellos como de dardos, que le tiran á los ojos: otros se los meten bien adentro en su cuerpo. Aquí le penetran al Martir de Jesu-Christo: allí le cortan: estos llegan hasta las entrañas: aquellos se contentan con hacerle largas incisiones sobre el pellejo. Doscientas manos á un tiempo dan con aquel cuerpo, y le hacen otras tantas aberturas, de donde corre la sangre. No hay lugar para tantas manos. Las heridas menos sensibles son las que son menos mortales. Y el que no hace sino picar con el punzon, es mucho mas cruel que el que le mete el

M 4

(1) De box.

suyo bien adentro. El primero otras tantas veces quantas aplica la punta, renueva el dolor, le multiplica, y le hace en alguna manera perpetuo. En una palabra, acomete cien veces á la vida, sin quitarla: presenta cien veces la muerte, sin darla; en lugar de que metiendo el último su punzon hasta las partes mas nobles, es tanto menos inhumano, quanto mas parece serlo. Hijos míos, no sientan vuestras manos, si ser puede, la flaqueza de vuestra edad: acabad prontamente vuestro primer homicidio: subministreos para esto la crueldad las fuerzas, que la naturaleza todavía no os ha dado. Pero todos vuestros esfuerzos no sirven sino de hacer desfallecer al Martir, y de haceros mas crueles, haciendo durar mas tiempo vuestro delito. Los tormentos crecen á medida de lo que los verdugos se cansan. Uno de los mas crecidos se le puso á burlar, y le dixo: ¿De qué os quexais, Maestro mio? ¿No sois vos quien nos pusisteis estos punzones en la mano? ¿No nos enseñasteis á formar las letras? ¿Qué trabajo no nos ha costado el aprenderlo? Pues bien, ved aquí ya mas de mil, que acabamos de escribir sobre vuestro cuerpo. Añadió otro: ¿Cómo es eso? ¿Os pesa de que nosotros escribamos? ¿Pues no nos hacíais escribir todos los dias? ¿No nos habeis encargado cien veces que no estemos ociosos; y que no se pase un dia sin formar alguna letra, aunque no sea mas que una A? Venía el tercero, y le decía: No te pedimos que nos des hoy licencia: esta licencia, que

que tantas veces nos habeis negado, y que tanto nos hacíais apetecer. Ahora mas queremos escribir, que irnos á jugar. Señor Maestro, decía el quarto, vé aquí una buena plana, que acabo de escribir: no le falta punto, ni coma: corregidla, si gustais, y si tiene alguna falta. Si la escritura no está bien formada, si los caractéres no están bien señalados, haya palmetas, haya azótes. De este modo, mezclando estos muchachos impíos la burla con la crueldad, procuraban á su Maestro la corona de su martirio.

Pero en fin, Jesu-Christo se compadeció de su siervo; y rompiendo las últimas cadenas, que unian todavía su alma á su cuerpo, le permitió salir de la carcel. Mil aberturas se apresuran á darle paso. Esta es, devoto estrangero, prosiguió el Sacristan, la gloriosa historia de Casiano. Esto es lo que admirais en esa pintura. Si teneis ahora alguna cosa que pedir al cielo, dirigíos á nuestro Santo: ponedle vuestros intereses en sus manos: confiadle vuestros votos: él los llevará seguramente al trono de Dios; y os alcanzará, no lo dudeis, el cumplimiento. Creí á este buen Sacristan: abracé el sepulcro: reguéle con mis lágrimas de nuevo: el ardor de mi oracion ablanda el marmol: lleno de esperanza, expongo mis temores: hago mi súplica: soy oido: llevo á Roma: sucédeme todo como deseaba: vuelvo á España, y publico el poder de este gran Maestro.